



DOMINGO IV DEL T.O./ CICLO A
29 de ENERO DE 2017

LA PALABRA DE DIOS

- **Sofonías (2,3;3,12-13):** “Dejaré en ti un resto, un pueblo humilde y pobre que buscará refugio en el nombre del Señor”.
- **Sal 145: R/ Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos**
- **Corintios (1,26-31):** “Lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios”
- **Mateo (5,1-12a):** “Bienaventurados. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”.

ECOS DESDE LOS JÓVENES Y LAS COMUNIDADES

La Iglesia necesita encontrar de nuevo la espiritualidad de Jesús; que es la del “menor”, la del “pobre”, que vive en apertura a Dios y a los demás.

Nuestro estilo de relaciones no puede ser el propio de los magnates del mundo: la coacción, el chantaje, la violencia.

PROPUESTA DE HOMILÍA

“Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo”.

Esta frase de Jesús recoge una bendición a todo aquel que sienta en situación de desánimo, fragilidad o dolor. Unilateralmente Dios toma partido por el pobre.

La pobreza es una maldición

En este texto de las Bienaventuranzas algunos han apreciado una especie de resignación. Si eres pobre no pasa nada...porque en el cielo serás feliz. Dios no bendice la pobreza, ni la desea. La pobreza en sí es maldita porque mata al hombre. Además es maldita porque es fruto de la desigualdad entre los seres humanos. Digámoslo claramente: hay pobres y miseria porque otros acaparamos mucho más de lo que necesitamos para vivir. La Iglesia, desde los primeros tiempos ha denunciado la pobreza y de paso a quienes la provocan. También hoy en día lo hacemos.

Dios consuela al pobre



La Misa del Domingo

¿Qué sentido tienen entonces las bienaventuranzas? ¿Cómo hay que entenderlas?

Cuando Jesús pronuncia estas palabras está mostrando cómo es el Dios del Reino que anuncia y de paso en qué consiste el Reino de Dios. Jesús nos muestra a un Dios que toma partido descarado por sus hijos más pobres y sufrientes. Es partidista, no es neutral. Y la manera de hacerse solidario con sus hijos es la de sufrir con ellos, compadecerse con ellos y asumir su misma suerte. Precisamente Jesús asumirá la suerte del pobre, del manso, del justo perseguido injustamente. Dios se implica hasta el final en la persona de Jesús. Además de hacerse cargo de la suerte de los pobres y sufrientes, Dios los bendice y les anticipa el premio que les tiene prometido: el Cielo. Las bienaventuranzas es el retrato del mismo Jesús.

La versión de Mateo, que es la que hoy hemos escuchado, difiere un poco de la versión de Lucas, quien además de plantear cuatro bienaventuranzas, habla de otras cuatro malaventuranzas. Es una diatriba contra los que oprimen y crean las injusticias en el mundo. En esta versión se aprecia la no neutralidad y la severidad del juicio de Dios hacia los que oprimen al necesitado.

La dinámica social y económica actuales son mezquinas y denunciables. La dinámica de un consumo imparable, los flujos migratorios tan terribles de seres humanos, la insensibilidad de los países ricos hacia los más pobres bajo la excusa del orden social es intolerable. Como comunidad cristiana debemos alinearnos con una manera de pensar y juzgar más parecida al evangelio y ser menos complacientes con el pensamiento único, que lo invade todo.

Una espiritualidad genuinamente evangélica

Esta mañana el texto nos provoca por dentro. Nos pide encarnar las mismas actitudes que Dios tiene: nos pide que tomemos partido. Pero lo primero y antes de hacer nada, es asumir una manera de ser y de contemplar el mundo netamente evangélica. Mirar el mundo y juzgarlo como lo hace Dios no es sencillo: implica autenticidad y coraje. Necesitamos una espiritualidad que vaya configurándonos personal y comunitariamente. El Papa habla continuamente de la ética del Cuidado. Creo que es una buena idea vivir desde esta actitud.

Cuidar al otro es descentrarnos de nosotros mismos, fijarnos en sus necesidades, acercarnos a él con cariño y por fin ayudarlo. El cuidado nos trae la persona del otro; y así el evangelio deja de ser una ideología y se convierte en un programa de vida que ayuda a otros a vivir. Cuidemos al hermano, al enfermo, al que necesita nuestra ayuda. Necesitamos ser lúcidos como comunidades cristianas para saber prestar esta cercanía y ayuda, sin desistir de denunciar las causas que provocan la desigualdad y proponer un nuevo estilo de dinámica social.

Pidamos al Señor que nos dé la gracia de optar por los pobres y de vivir desde la actitud del cuidado y la sencillez.

José Luis Villota, sdb